

pero que no pude frenar –siquiera su mujer, Rosario Salinas Estensoro, con quien se había casado tras enviudar, que lo vigilaba devotamente–, en que destacó sobre las cualidades de que otras veces había tenido ocasión de disfrutar su generosidad y bondad. Hace unos meses me escribió para pedirme que los envíos de la revista *Verbo* y de la Fundación Elías de Tejada los hiciera mejor a la biblioteca de la Universidad Católica que a su casa. Estaba cansado. Católico hondo y cumplido, descanse en la paz del Señor a quien sirvió.

MIGUEL AYUSO

## ENRIQUE ZULETA ÁLVAREZ

El 31 de marzo de 2015 falleció en la ciudad de Buenos Aires, a los 91 años, el profesor Enrique Zuleta Álvarez. Había nacido en La Plata en 1923. Era profesor de Historia y dedicó su larga carrera a la docencia en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza), en la que enseñó Historia de las ideas políticas y sociales americanas.

Platense de nacimiento y mendocino por adopción, don Enrique ejerció diversos cargos públicos en la pequeña patria mendocina; visitó numerosas universidades extranjeras, enseñando e investigando; se incorporó a la Academia Nacional de la Historia argentina y fue miembro correspondiente de academias de la historia hispanoamericanas.

Amante del jazz y del tango, su famosa discoteca casera rivalizaba con su biblioteca especializada en literatura hispanoamericana (su esposa, Emilia Puceiro fue profesora de esta materia) y anglosajona. Lector incansable, su cultura literaria lo abrazaba casi todo, pero especialmente destacaba su afición por los escritores americanos y estadounidenses. Sus escritos –muchos y variados– alcanzan a mostrar al menos una pequeña parte de ello, pues era más lo que leía y estudiaba de lo que entregaba a la escritura.

Entre sus autores preferidos, a los que dedicó algunos trabajos, se cuentan Pedro Enríquez Ureña, Julio y Rodolfo Irazusta, Marcelino Menéndez y Pelayo, Enrique Rodó, Ramiro de Maeztu y Charles Maurras. Publicó varios libros, pero sin duda es la historia en dos volúmenes de *El nacionalismo argentino*, aparecida en 1975, la más recordada y valorada por la crítica.

A mediados de 1950 viajó con una beca de Cultura Hispánica a Madrid. Lo recomendaba a Julián Marías el escritor argentino Eduardo Mallea. Volvió a España en varias ocasiones y entabló especial amistad con Gonzalo Fernández de la Mora, al que recordaba como «una de las figuras más relevantes del pensamiento español de nuestro tiempo». De ahí su colaboración frecuente en las páginas de la revista *Razón Española*.

Gran conversador, gustaba de las largas y animadas charlas en alguna cafetería del centro mendocino, en restaurantes y casas de amigos. Inquisitivo, gracioso, locuaz, siempre de buen humor, es así como lo recuerdo.

Conocí a Enrique Zuleta Álvarez en mi juventud universitaria, pero no fue hasta 1983 que trabé una relación más personal con él, cuando aceptó dirigir mi primera investigación en el CONICET, precisamente sobre don Julio Irazusta. Durante aproximadamente una década nuestro trato fue frecuente, ni íntimo ni distante, sino amistoso, cordial. Afable y generoso en su dirección, Zuleta sugería sin imposiciones. Siguió siendo así después de mudarse a Buenos Aires a principios de este siglo, según recuerdo. No formé nunca parte de su círculo de preferencias y en los últimos años nos habíamos distanciado por un desacuerdo acerca de un libro y un autor, a los que evalué negativamente y provocó su reacción en contra.

Enrique no fue tradicionalista sino un hombre de derechas, con sus matices personales. Era una (no tan rara) muestra de un liberal a lo Marañón y un nacionalista a lo Irazusta o Sánchez Sorondo; era republicano en sus tendencias políticas e hispanista en lo cultural. Solía decir, igual que Julio Irazusta, que a España debíamos lo mejor de nosotros: la lengua, la religión católica y –agregaba de su cosecha– el mestizaje de razas, lo que apreciaba con especial interés pues

por su tez morena (lo apodaban «el Negro Zuleta») se consideraba un ejemplo de ello.

España estaba en su corazón y en su obra como un modelo cultural, amputada en gran parte de sus vértices políticos; era –como lo ha dicho en alguna ocasión– una España que se dejaba recordar en tanto lejana, pero sin una tradición que actualizar. En el fondo, tengo para mí, una España romántica.

Descanse en paz el profesor y buen amigo.

JUAN FERNANDO SEGOVIA

## VICENTE UGARTE DEL PINO

Ha fallecido en Lima, donde había nacido el 12 de junio de 1923, el pasado 6 de octubre, a los 92 años de edad, pues, el jurista peruano Vicente Ugarte del Pino. Hijo de un ilustre abogado y nieto de un no menos ilustre militar, Vicente Ugarte fue educado en el cultivo de las virtudes cristianas en el seno de un hogar amante de la tradición española. Por eso no es extrañar que, tras haber seguido las carreras de Letras y Derecho en la Universidad Mayor de San Marcos, y graduado con una tesis sobre «Juan de Ovando y la concepción dual del gobierno de las Indias», eligiera España para seguir sus estudios doctorales. Pese a los denodados esfuerzos de las instituciones culturales británicas por retenerlo cuando, camino de Madrid, pasó una temporada en Londres en 1948. España era su vocación y su destino. Y entre nosotros, como becario del Instituto de Cultura Hispánica, transcurrieron algunos de los años más felices de su vida e hizo amistades que se han demostrado –por el dogma de la comunión de la santos– resistentes incluso a la muerte.

Estudió en la entonces Universidad Central de Madrid con el historiador del derecho Alfonso García Gallo así como con el internacionalista Luis García Arias, y el magisterio eximio de ambos determinó al joven prometedor a orientarse precisamente a ambas dis-